



EL AUTOR ANALIZA EL SIGLO EN EL QUE NACIÓ EL MUNDO MODERNO, DE LA INDUSTRIA A LA RELIGIÓN, PASANDO POR EL TRABAJO Y LAS CIENCIAS

medios de comunicación”, “Tiempo” y “Espacio”. Precisamente el carácter y sentido de estos dos últimos capítulos ya de por sí descolocará a algún lector, pues tratan de responder a preguntas en apariencia tan chocantes como “¿Cuándo fue el siglo XIX?” y “¿Dónde se encuentra el siglo XIX?”. La segunda parte, “Panoramas”, la más amplia con diferencia, consta de ocho capítulos. Osterhammel comienza con cuestiones demográficas, sigue con estándares de vida, se detiene en el papel de las ciudades, reflexiona sobre la importancia de las fronteras, disecciona los diversos imperios en su dinámica y configuración interna, analiza los diversos conflictos bélicos, traza la estela de las revoluciones “de Filadelfia a San Petersburgo pasando por Nankín” y, en fin, se zambulle en los debates sobre el papel de los Estados en un período marcado por la fiebre nacionalista. La tercera parte, “Temas”, examina en otros siete capítulos cuestiones más específicas que operan como casos que ilustran los argumentos más generales desarrollados con anterioridad.

Por decirlo brevemente, constituye el paso de la síntesis al análisis: los temas que aquí se tratan van de la industria a la religión, pasando por el trabajo, las comunicaciones, las clases sociales, las ciencias y los problemas étnicos.

Hoy día los conceptos de globalidad y globalización están en boca de todos, sin que esta inflación se traduzca muchas veces en superación efectiva de visiones particularistas y actitudes provincianas.

El libro de Osterhammel es, en el terreno que le es propio, la historia, un ensayo espléndido que intenta llevar hasta sus últimas consecuencias esa perspectiva global, una comprensión unitaria del mundo durante un siglo crucial. Frente a las parcelaciones tradicionales y enfoques consabidos, apuesta por integrar lo heteróclito. Desconcierta porque rompe con lo establecido. Abruma con su erudición. Admira por su brillante fusión de teoría y material empírico, de reflexión general y datos concretos. Pocas veces se dirá con tanta razón que estamos ante una obra imprescindible. **RAFAEL NÚÑEZ FLORENCIO**

# Borrados

## Vestigios de la Galitzia judía en la Ucrania actual

**OMER BARTOV**

Traducción de Fernanda Trias  
Malpaso. Barcelona, 2016  
250 pp., 18'50€, Ebook: 7'99€

El interés de *Borrados*, el magnífico híbrido de crónica de viajes e investigación histórica de Omer Bartov (Israel, 1954), es por lo menos

doble: por un lado, arroja luz sobre la mayor tragedia del siglo XX a partir de lo ocurrido en una de las regiones más castigadas por las dos grandes ideologías de masas, la región histórica de Galitzia; y por otro, ayuda a entender el origen de la actual deriva nacionalista en algunos territorios de Europa del Este, en particular de Ucrania.

*Borrados* demuestra sobre el terreno que las autoridades actuales ucranianas han completado una tarea iniciada durante la doble ocupación nazi y soviética: el borrado de todo rastro judío en una región que, hasta el Holocausto, se distinguió por su carácter multiétnico. En la Galitzia Oriental –actual Ucrania Occidental– convivían, entre otros, polacos, judíos y ucranianos, la mayoría de estos últimos en las zonas rurales. El ejemplo de Lviv, antes de la guerra un efervescente centro cultural y económico, da una idea de la composición de sus ciudades: en 1933 un 45% de su población era judía. Pero en Lviv hoy se recuerda sólo a los “mártires de la patria” caídos durante el terror nazi primero y durante el soviético después.

En Brodi –ciudad natal de Joseph Roth–, Drogóbich o Sambir, por citar solo tres casos, las matanzas nazis se recuerdan con símbolos católicos, y en plazas y parques se ensalza a los nacionalistas ucranianos muertos, muchos de los cuales –como los correligionarios del héroe nacional Stepan Bandera– tienen acreditada su participación en los pogromos de 1941, cuando los alemanes invadieron la región. Antes de huir, los rusos habían dejado un rastro de ejecutados que los alemanes aprovecharon para avivar el odio contra los judíos, a quienes la propaganda antisemita situó siempre al lado de los comunistas.

Los ucranianos han de honrar a sus millones de muertos, señala Bartov en su libro: es comprensible y necesario. Pero este derecho, añade, no justifica “la ignorancia y el abandono, el deterioro y el olvido” en que han dejado caer su huella judía, dando lugar a la recreación de un pasado incompleto y, por lo tanto, falso. **ALBERTO GORDO**

**Bartov denuncia “la ignorancia y el abandono, el deterioro y el olvido” en que las autoridades de Ucrania han dejado caer las huellas judías**